

El nombre de la isla es perfecto

Elegimos la isla porque apenas aparece en los folletos publicitarios y porque estaríamos muy lejos de aquellos con quienes no queríamos encontrarnos: los turistas.

Álvaro y yo preferimos escribir antes que hablar, incluso entre nosotros. Intercambiamos notas, como dos sordomudos que se resisten a dominar el lenguaje de señas.

Viajamos en un Antonov que había superado dos aterrizajes forzosos, según nos contó el piloto al darnos la bienvenida. Álvaro garabateó en la fotocopia de las instrucciones de seguridad del avión que después de volar en esta «cosa» no deberíamos tenerle miedo a nada. Le dije que no podíamos adelantarnos a hacer un retrato despiadado de la isla.

La arena de tan blanca cegaba. Nos arrancamos las zapatillas, la ropa, y corrimos unos cien metros hasta llegar al agua. Nadamos desnudos con total libertad en esta inabarcable tina de agua tibia; asumimos que los demás pasajeros del avión se habían dispersado a sus anchas. Ya sentíamos nostalgia de esta visión primera. Mientras nadaba recordé que los animales que migran no se atreven a cruzar el río si no consiguen ver la otra orilla, deben ser guiados por un líder, en cambio nosotros, los humanos, buscamos la vastedad... Ese otro lado de la orilla, ni siquiera somos capaces de imaginarlo.

Mira, me dijo Álvaro. Encontró la historia de la isla escrita en una hoja, clavada en una palmera. Era la única isla

de todo el país descubierta por el presidente. El anuncio invitaba a los turistas a recorrerla sin contaminarla y a evitar intimar con los lugareños. Nos reímos, acostumbrados a los avisos gubernamentales que se explayan en lo obvio y constriñen las excepciones. En nuestra ciudad o en la isla los políticos parecían coincidir en la misma tradición: prohibiciones que animan a la catástrofe.

Recién cuando el sol se puso, agotados del mar, con mapas de sal sobre la piel, buscamos nuestro hotel. La carretera era una tripa. A ambos lados se levantaban cabañas de paja con techos de palma, iluminadas por dentro con cálidas luces amarillas. Vistas desde lejos, daban la impresión de un bosque seco en llamas. Escuchábamos voces de niños; conversaciones cotidianas interrumpidas por una risa o un llanto. Algunas mujeres acomodaban frituras que exhibían en vitrinas a la entrada; unos hombres cargaban baldes atiborrados de artesanías. Nos observaban, los mirábamos de vuelta de forma obvia y volvíamos todos a lo nuestro, sin dirigirnos la palabra.

Álvaro y yo nos reímos cuando vimos la cama de una plaza. Decidimos no quejarnos, acomodarnos al espacio, pese a que habíamos solicitado una cama matrimonial. Pero recuerda que tú y yo juntos medimos tres metros setenta, me dijo, será como dormir sobre una colchoneta. Pedimos a la habitación pescado y jugo. Recién cuando estuvimos saciados reparamos en nuestra hambre. Al desplegar el blanco mosquitero, la cama parecía una cuna y nosotros, siameses con gigantismo. El calor era insoportable, pero estábamos tan cansados que no preguntamos por aire acondicionado. Antes de quedarnos dormidos, le dije a Álvaro que esta playa me gustaba: no era una pequeña ciudad y faltaba mucho para que fuera considerada un balneario. La vida aquí

seguía en construcción. Todos parecen solitarios, me dijo, como nosotros. Parecemos fugitivos, le respondí. Él continuó: Pero estoy contento de que el presidente no le pusiera su nombre a este lugar. El nombre de la isla es perfecto.

Acababa de amanecer y extrañé el peso de Álvaro sobre mis piernas. Encontré una nota sobre la almohada: «Te espero en la playa».

Noté la silla de ruedas sobre la arena. Una imagen de inmovilidad que contradecía el vuelo de las gaviotas, el avanzar de las nubes. Una silla de ruedas junto a Álvaro y, dentro de ella, un hombre de huesos anchos, proporcionados, que vestía un short y una camisa sin mangas. Si a mí me costaba ir en bicicleta sobre la arena... Incliné la cabeza en forma de saludo; luego acarició la parte de la cadena visible en su cuello. Álvaro me jaló de la mano para que lo besara en los labios. Pensé en lo que él quizás pensaba: ella es mía y puedo moverme e irme con ella.

—Este es Jorge. Trabaja cuidando la playa.

—¿De qué la cuidas?

—De los turistas. De los que contaminan. Sin pulgas no hay perros, ni rabia.

—¿A qué te refieres?

—A que ustedes vienen y lanzan sus bolsas al mar. Hasta cuando comen langosta echan los cadáveres al agua.

—Nosotros no tenemos la más mínima intención de hacer eso. En nuestro país reciclamos todo. No somos turistas, somos viajeros.

—Está bueno.

¿Qué nos pediría este hombre? No debíamos estar hablando con él. Su cuerpo tapaba la visión del sol que nacía. Su presencia misma parecía una amenaza. Como un padre que prohíbe a sus hijos hablar con extraños, el presidente

de la isla había hecho lo mismo con nosotros, los intrusos bienvenidos.

—Sé lo que está pensando. Pero no somos Molokai, no tenemos lepra. Los lugareños solemos ser muy inquisidores, nos gusta conversar, hacer nuevos amigos, nada más. Somos inofensivos.

—Eso es bueno, eso es bueno —dijo Álvaro.

Pensé que estaba adormecido por la visión del mar, que no estaba del todo aquí conmigo. Amaba tanto el mar. Pero comenzó a escribir una nota.

Jorge metió una mano dentro de la camisa y su cadena dio lugar a un *fotocheck*. En él se leían su nombre y su cargo: vigilante.

Álvaro me pasó la nota: «Tranquila, solo quiere hacer su trabajo».

—Mañana vendré temprano por ustedes. Les mostraré nuestro mercado de artesanías antes de que se insolen y ya no puedan ni caminar. No todo es playa.

—No tenemos ganas de hacer compras, Jorge. No hemos venido con mucho dinero.

Álvaro se incorporó y se sacudió con las manos la arena de las piernas. Me hizo una seña para que me fuese con él.

—No voy a pedirles nada.

Jorge nos observó marchar. ¿Quién lo sacaría de aquí? Sus brazos no parecían ser tan fuertes y, sin embargo, cuando nos volteamos, vimos que saltaba de la silla de ruedas y que caía sentado a la arena, para desatascarla con sus propias manos.

Nunca he pasado tantas horas en el mar. Álvaro flotaba boca arriba, dejándose arrastrar como una bolsa por la corriente; el agua ingresaba a los bolsillos de su ropa de baño, inflándolos. Yo jugaba a ponerme debajo de él y a cargarlo, mientras mis pies no tocaban el fondo y las ondas variaban

de azul al pasar encima de nosotros. Solo el mar me permite sostener todo lo que fuera de él es insostenible.

—Te parezco inofensivo en estos momentos, ¿no? Soy como un gato panza arriba, solo tengo que confiar en ti, dejarte hacer. Nada malo puede sucederme.

—Siempre he creído que todos tenemos un lado oscuro, una puerta falsa al inconsciente donde se dan terrores secretos —le respondí con sinceridad.

—Ja, es curioso que lo reconozcas. Tú tienes dos atributos excelentes, tu transparencia y tu buena memoria.

—Soy honesta, ¿eso quieres decir?

—Es algo que va mucho más allá. No te juzgas, analizas todo, pero a ti no te juzgas. Eso te da una libertad que me encanta. Te atreves siempre.

Dejé de mirarlo y observé las nubes. Es durante la temporada de vacaciones que nos permitimos darle un sentido a sus formas.

—He hecho cosas malas —le dije.

—¿Como qué? Cuéntame, nadie nos escucha.

—Hace muchos años aplasté un ratón con el pie, aunque digamos que fue por razones humanitarias. Un gato estaba jugando con él, se lo pasaba de una garra a otra, lo confundía. No soporté eso y lo pisé hasta matarlo, me lo pasé de un pie a otro para que el gato creyera que seguía vivo y luego se lo pateé directo al hocico.

—¡Eso sí que es maldad! Esa historia no la sabía.

—Es que me da mucha vergüenza haber alterado el orden natural de la vida. Una cosa es ver morir, y otra muy distinta, matar. Fui más feroz que el gato, y el gato era un tigre en miniatura.

—De chico encerraba hormigas león en una caja de fósforos. A la semana las abría y quedaba solo una. También

atravesaba caracoles con un palo y los quemaba vivos en la fogata.

—¿Te los comías después?

Antes de que pudiera responderme, puse mis manos encima de su pecho y lo hundí en el agua. Loca, me gritó al salir, y se rio. Finalmente sabemos todo del otro, le dije, ya no necesitamos apoyarnos en las notitas. Se acercó a mi cuerpo con todo su cuerpo y pude sentir su olor mezclado al del agua y al de la sal. Nos besamos, poseyéndonos.

—Jorge me da miedo.

—No hables de Jorge cuando te hago el amor.

Pensaba en Álvaro, completándose dentro de mí, y en ese otro hombre, que me había observado desde afuera, y por el que me aterraba sentir curiosidad.

Como el día anterior, cuando cayó el sol, volvimos al hotel a desayunar, almorzar y cenar en la habitación; agotados, famélicos. Incluso en las vacaciones, así de relajados como creemos estar, nos organizamos en rutinas que nos aseguran cierto control. Álvaro me dijo al acostarnos: «Está bien, no más notas durante el viaje. Vamos a decirnos las cosas de frente». Lo abracé mucho, lo besé en los ojos por mirar la vida como yo la estaba viendo, y sentí que esa parte de mí que a veces se cansaba de él en la cotidianidad volvía a quererlo cerca, pese a la cama tan pequeña que ocupábamos; se dejaba inundar por su amor.

Y allí estaba Jorge a la mañana siguiente, afuera de nuestra habitación, con la misma ropa, los mismos gestos, vigilante. Aferrado a su silla de ruedas y a una idea fija: nosotros. Durante el sueño la presunción de lo malo había sido reemplazada por la autenticidad de lo bueno: el mar. Jorge nos necesitaba y este exceso nos volvía imprescindibles a una causa aún desconocida. Álvaro y yo nos tomamos de

la mano al mismo tiempo, como dos escolares frente a una pandilla. Me sentí una idiota: era tan solo un hombre en silla de ruedas. ¿Qué es más inofensivo que la inmovilidad? Álvaro también le temía, su mano me apretaba. Es que la mente no es inofensiva, no lo es nunca. El poder de Jorge radicaba en parecer capaz de levantarse y echar a andar.

Lo seguimos y lo seguimos y daba la impresión de que nunca llegaríamos al mercado de artesanías que nos había anunciado el día anterior. Dejamos atrás la tripa de carretera, las palmeras de la playa, los sonidos conocidos del mar, quieto, bravo, quieto; las cabañas techadas con palmas. Los brazos de Jorge reaccionaban a la arena sin fatigarse; una vieja amiga, la silla de ruedas, avanzaba sin contratiempos. Me costaba hablar porque los labios se me pegaban por una baba blanca que debía arrancarme de vez en cuando. Tenía sed; habría tomado agua de mar. El sol latía sobre nosotros. Álvaro entornaba los ojos, usaba las manos como visera, pero rápidamente se cansaba de sostenerlas así, inútilmente. Habíamos dejado los lentes oscuros en el hotel.

Avanzábamos a través del desierto. El viento nos lanzaba arena a los ojos. Nuestras zapatillas encajaban en pequeñas dunas y volvían a salir, solidarias con la inercia.

—¿Cuánto más falta? —preguntábamos.

—No mucho, no mucho.

—Espera, le dije a Álvaro. ¿Por qué estamos siguiendo a este tipo como hipnotizados? ¡Tengo sed!

—Porque ya no sabemos cómo regresar.

Álvaro continuó caminando detrás de Jorge. Su resignación me ofendió. ¿Qué diría de nosotros el presidente de la isla, si pudiera vernos? Desobedecíamos su orden, mas no éramos unos privilegiados. Traté de imaginar a Jorge de niño, revestirlo de ecuanimidad, pero supe que habría jugado con

la silla de ruedas, como frente a un precipicio. Se trataba tan solo de dar la vuelta y... no, era imposible regresar por ese laberinto. El viento reescribió las pisadas en la arena, como el agua de mar limpia las huellas de los turistas y a su visita los sobrevive alguna bolsa, algún tronco ceniciento. Ya no seguía ni a Álvaro ni a Jorge; seguía a su convicción.

Con que este es el mercado de artesanías. La carpa, de cerca, parecía un circo derrotado; de lejos, no podíamos ni adivinarla. A todos los turistas que no hemos visto en la playa o en el pueblo los vemos aquí, hasta reconozco a algunos que viajaron con nosotros en el avión. Por la cara de Álvaro sé que él percibe lo mismo; esta confianza alegre nos vuelve a unir; nos alivia el miedo como la sed. Están eligiendo las baratijas que se repiten en distintos colores y con los mismos precios, tan comunes, pero que en nuestros países serán más tarde un regalo novedoso, serán algo. Los hombres y las mujeres que atienden en cada puesto saludan a Jorge, le hablan con intimidad, como a un pariente al que no quieren extrañar más. A nosotros ni nos miran, casi como si no existiéramos. Esta indiferencia debe agradecerle al presidente.

—Son mis amigos, son mis amigos —dice cada tanto Jorge, en voz alta. Y no sabemos si se refiere a nosotros o a ellos.

Seguimos avanzando detrás de él, hasta le sonreímos sin que pueda vernos. No nos mintió y perdono a mi instinto por adelantarse a juzgar. Mi memoria recupera la imagen del avión que nos trajo a esta isla: yo había sabido que no se caería; las tragedias les ocurren siempre a otros, a los que no se defienden de las intenciones de la vida. Todas las cosas que se exhiben en este mercado son ciertamente hermosas y útiles, no las necesitamos, pero podemos inventarnos excusas para tenerlas, porque sí, porque vivir sigue siendo tan fácil como respirar.

Comienza a escucharse un murmullo que invade cada rincón de la carpa, como el de una estación de radio al ser sintonizada: una voz llega desde un altoparlante. En nuestra ciudad sucede lo mismo en los mercados. Algún dirigente sindical toma la palabra, mensajes solo relevantes para los vendedores, inofensivos para el resto. Los saluda —dice una voz aguda como un pitido— el presidente. Obedeciendo el grito de guerra tantas veces escuchado, los vendedores abandonan sus puestos y nos apuntan a nosotros, los turistas, con sus propias creaciones: punzones de coral, tenedores de hueso de tiburón, bastones de ónix. Todo artefacto o instrumento, ahora un arma. Nos muestran los dientes, como antiguos salvajes. Nadie grita; el grito, como tal, ha sido amaestrado. No podemos acostumbrarnos a esta angustia. Voy a ser la primera en gritar, debo tomar medidas, pero mi mente no funciona, como las piernas de Jorge.

Jorge ya es uno de ellos. Somos tus amigos, le increpo, en un susurro que se desvanece y por eso deja de ser cómplice apenas termino de hablar. Dos hombres se acercan a Jorge, lo sostienen de los brazos y lo ayudan a ponerse de pie. Es de una altura notable. Es el primero en avanzar hacia nosotros.

Corro, corro enloquecida y salto encima de una mesa y agarro un puñado de perlas y las lanzo detrás de mí y me abro espacio con los brazos, sin ceder en mi resistencia. Lloro por Álvaro y dejo que las lágrimas avancen junto con mis piernas que corren cada vez más rápido, rapidísimo, hasta que abandono la carpa y mis zapatillas agradecen la textura inconsistente de la arena. Sigo corriendo y me prometo que escribiré esta historia; escapo y se dirá que fui valiente. Siento respeto por los testigos sometidos a un juicio; durante los silencios podrían no estar rememorando, sino inventando aquello que deben decir.